



GAMBOA

SANTA

E. G. S.

PQ7297

.G3

S2



1080006854



5.9 d.

Santa

Quinto millar.



FEDERICO GAMBOA

Santa



TALLERES ARALUCE

Bailén, 107
Barcelona

14.621

1903

«Yo les daré
»rienda suelta;
»no castigaré á vuestras
»hijas cuando habrán
»pecado, ni á vuestras
»esposas cuando se ha-
»yan hecho adúlteras;
»pues que los mismos pa-
»dres y esposos tienen
»trato con las ramerás...
»Por cuya causa será
»azotado este pueblo in-
»sensato que no quiere
»darse por entendido.»

OSEÁS, Cap. IV, v. 14.

M863.6
E192s.

10-15-XI-78

PQ7297
c 63
52

Es propiedad.—Queda hecho
el depósito que marca la ley.

De esta obra han sido impresos 20 ejemplares en papel de Holanda.
numerados por el autor.



Talleres Araluce.—Barcelona.

F S M

6854

POR EL MISMO AUTOR:

- Del Natural. Esbozos contemporáneos**, 2.^a edición, Guatemala, 1889 1 volumen
Apariencias, J. Peuser, editor, Buenos Aires, 1892. 1 ”
Impresiones y recuerdos, A. Moen, editor, Buenos Aires, 1892. 1 ”
Suprema ley, V. de Ch. Bouret, editor, París-México, 1896. 1 ”
Metamorfosis, Guatemala, 1899 1 ”

TEATRO:

- La señorita Inocencia**, arreglo del vaudeville-opereta *Mamz' lle Nitouche*, México, 1898. agotada
La moral eléctrica, arreglo del vaudeville *Le Fiacre 117*, Guatemala, 1889. ”
La última campaña, drama original, en tres actos y en prosa, México, 1894; segunda edición, Guatemala, 1900 1 volumen
Divertirse, monólogo en prosa, original, México, 1894. 1 cuaderno

PRÓXIMO Á PUBLICARSE:

- Mi diario. Intimidades, literatos y literatura**, primera serie 3 volúmenes

EN PREPARACIÓN:

RECONQUISTA



Est. Gorr. Solá

Á JESÚS F. CONTRERAS

ESCULTOR

En México

No vayas á creerme *santa* porque así me llámame. Tampoco me creas una perdida emparentada con las Lescaut ó las Gauthier por mi manera de vivir.

Barro fui y barro soy; mi carne triunfadora se halla en el cementerio.

Desahuciada de las “gentes de buena conciencia,” me cuelo en tu taller, con la esperanza de que compadecido de mí me palpes y registres, hasta no tropezar con una cosa que llevé adentro, muy adentro, y que calculo sería el corazón, por lo que me palpitó y dolió con las injusticias de que me hicieron víctima....

No lo digas á nadie,—se burlarían ó se horrorizarían de mí;—pero ¡imagínate! en la inspección de sanidad fui un número; en el prostíbulo, un trasto de alquiler; en la calle, un animal rabioso al que cualquiera perseguía, y, en todas partes, una desgraciada.

Cuando reí, me riñeron; cuando lloré, no creyeron en mis lágrimas; y cuando amé ¡las dos únicas veces que amé! me aterrorizaron en la una y me vilipendiaron en la otra. Cuando cansada de padecer, me rebelé, me encarcelaron; cuando enfermé, no se dolieron de

mi y ni en la muerte hallé descanso: unos señores médicos despedazaron mi cuerpo sin aliviarlo, mi pobre cuerpo magullado y marchito por la concupiscencia bestial de toda una metrópoli viciosa....

Acógeme tú y resucítame ¿qué te cuesta?... ¿No has acogido tanto barro y en él infundido no has alcanzado que lo aplaudan y lo admiren?... Cuentan que los artistas son compasivos y buenos.... ¡mi espíritu está tan necesitado de una limosna de cariño!

¿Me quedo en tu taller?... ¿me guardas?

En pago,—morí muy desvalida y nada legué,—te confesaré mi historia. Y ya verás cómo, aunque te convenzas de que fui culpable, de sólo oírlo llorarás conmigo. Ya verás cómo me perdonas ¡oh, estoy segura, lo mismo que lo estoy de que me ha perdonado Dios!

Hasta aquí la heroína.

De mi parte debo repetir,—no para tí, sino para el público,—lo que el maestro de Auteuil declaró cuando la publicación de su "Fille Elisa":

"Ce livre, j'ai la conscience de l'avoir fait austère et chaste, sans que jamais la page échappée à la nature délicate et brulante de mon sujet, apporte autre chose à l'esprit de mon lecteur qu'une méditation triste."

F. G.

PRIMERA PARTE

I

A qui es,—dijo el cochero deteniendo de golpe á los caballos, que sacudieron la cabeza hostigados por lo brusco del movimiento.

La mujer asomó la cara; miró á un lado y otro de la portezuela, y como si dudase ó no reconociese el lugar, preguntó admirada:

—¡Aquí!... ¿en dónde?...

El cochero, contemplándola canallamente desde el pescante, apuntó con el látigo tendido:

—Allí, al fondo, aquella puerta cerrada.

La mujer saltó del carruaje, del que extrajo un lío de mezquino tamaño; metióse la mano en el bolsillo de su enagua y le alargó un duro al auriga:

—Cóbrense Ud.

Muy lentamente y sin dejar de mirarla, el cochero se puso en pie, sacó diversas monedas del pantalón, que recontó luego en el techo del vehículo, y por último, le devolvió su peso: